



La Copa Nupcial



– “¡Salud, . . . salud! . . .”

Los invitados tocaban las copas unas contra otras mientras Esteban Ortega gritaba que se hiciera a los novios jurar su fidelidad con vino.

– “¡A jurar con vino! . . . ¡A jurar con vino!”; respondieron los invitados a la fiesta nupcial.

La bella novia palideció de repente; había llegado para ella la hora decisiva. Se apretaba las manos una contra otra con gran nerviosidad, los azahares temblando sobre su nívea frente, mientras que la respiración se le hacía difícil y el corazón aceleraba sus palpitaciones.

– “María, déjate de escrúpulos tontos, pues los invitados esperan que tú brindes con ellos. No infrinjas así las leyes de la etiqueta. En tu casa podrás hacer lo que quieras; pero en la mía compláceme por una vez siquiera”, decía el juez en voz baja aproximándose a su hija y llenando de aquel chispeante líquido una delicada copa que le ofreció con una jovial sonrisa.

María palideció y se notaba que hacía grandes esfuerzos por dominarse, mas sin temblarle siquiera el pulso y con una atrayente sonrisa, se inclinó hacia atrás y llevó la copa a sus labios. Pero no bien acababa de tocar el borde ella, cuando el brindis quedó en suspenso al escuchar el grito de:

– “¡Oh, qué horror!”

– “¿Qué pasa?”, gritaron todos a la vez, agrupándose alrededor de María, que empuñaba a distancia del largo brazo la copa, pero con la mirada siempre fija en ella.

– “Un momento . . .”, contestó ella, con sus ojos negros relampagueantes tal vez de inspiración. “Un momento y os diré . . . veo . . .”, agregó, señalando con el índice el licor que en la copa bullía. “Veo un cuadro que está fuera de toda descripción. Escuchad: trataré de pintárselo, si puedo. Es un lugar sumamente pintoresco. Elevadas montañas, coronadas de verduras, se levantan con sublime imponencia: abajo corre un apacible río, cuyos bordes están orlados de flores. Veo un grupo de indios, que corren de un lado a otro con sus frentes nubladas de tristeza. En el centro del grupo se hallaba una forma moribunda, cuyo semblante estaba pálido como la misma muerte; sus ojos brillan como si los abrasara el fuego de alguna fiebre. Uno de sus amigos está cerca de él de rodillas, y mirad la cabeza del moribundo, declina sobre su pecho que le sirve de almohada. ¿Por qué el sello de la muerte ha nublado aquella frente despejada y noble, y tan joven?”

– “¡Mirad cómo echa hacia atrás sus sedosos cuanto húmedos cabellos; mirad cómo se frota las manos; oíd sus gritos de clemencia; fijaos en cómo estrecha a su compañero, implorando que lo salve; escuchad cómo pronuncia el nombre de su padre; cómo crispera desesperadamente los dedos al llamar a su hermana - a su hermana gemela, que llora por él en la casa que abandonó tan joven”. “¡Mirad . . .”, prosiguió ella, mientras la concurrencia a la fiesta daba paso hacía atrás como espantada, con las copas de vino aun en sus manos temblorosas, y el juez caía desfallecido en la silla. “Mirad . . . levanta los brazos al cielo, pidiendo misericordia, mientras que la fiebre quemadora corre por sus venas: ¡está inmóvil! Los ojos están fijos en sus cuencas, su mirada turbia traspasa el

corazón con el viento gélido del norte. En vano su amigo susurra a su oído el nombre de su padre de su hermana. La muerte se aproxima y no hay ninguna mano suave que lo auxilie. La cabeza cae para atrás, luego, hay un ligero estremecimiento del cuerpo . . . Ha muerto! . . .”

Se oye un murmullo de piedad y dolor entre el grupo de los concurrentes. Tan viva era la descripción que daba la novia del suceso, tan extraña era su mirada y tan conmovedora su manera de hablar que parecía que lo que acababa de describir hubiese sucedido realmente en esos mismos momentos.

– “¡Muerto . . .!” , repetía ella de nuevo, mientras que sus labios temblaban y su voz apenas se podía oír, “y allí mismo le abre la fosa y enterraron su cuerpo sin ataúd en aquella lejana comarca . . . a él, único hijo de un padre orgulloso . . . , único hermano de una hermana que lo adora. Allí lo tenéis sí, el único de mi padre. Mi hermano gemelo, que ha caído víctima de ese veneno mortal. ¡Papá! . . . , exclamó ahora ella, volviéndose al juez, con los ojos anegados de lágrimas, “Papá, ¿he de beber ahora?”

El pobre juez estaba abrumado bajo el peso del dolor; no levantó la cabeza, sino que agachado allí, contestó con voz baja:

- “No, hija mía; no tienes que beber.” Ella levantó la copa transparente y de súbito la dejó caer al suelo, haciéndose mil pedazos. Todos los ojos, ya húmedos, vigilaban atentamente los movimientos de la novia. Cuando vieron su hondo dolor, cada cual colocó en la mesa su copa sin haber bebido de ella.

Luego, contemplando los pedazos de la copa de cristal, María se volvió a los invitados y les dijo:

-“Que ninguno de mis amigos intente de nuevo obligarme a probar ese veneno; soy más firme en mi resolución que las montañas mismas, y el Señor, que está a mi lado, me ayudará a cumplir mi juramento. También espero que aquel con quien me he unido hoy ante el altar, y que contempló la triste escena del entierro de mi querido hermano a orilla de aquel lejano río, me ayudará a no quebrantar jamás lo que he jurado.

Una mirada de sentimiento y una sonrisa fueron la respuesta. El juez salió del aposento. Y cuando, una hora más tarde, regresó para tomar parte de la fiesta, a nadie se le escapó que él también había resuelto desterrar para siempre de su hogar a aquel enemigo terrible.